

duos, jaculatorias, y otros cuadernillos de devotas oraciones; y libros de cocina muy usados, manuscritos o impresos, con apetitosas recetas de guisos, empanadas, postres y otras minucias culinarias.

Entre otros trajes, el de novia, la mantilla blanca, los chapines de raso que llevó a la iglesia y que están tan nuevos, pues sólo se los puso en el día de la boda.

¡Y aparte de los trajes, cuántas y cuántas chácharas de usos y tamaños tan diversos!

Pañoletas y mantillas de rica y pura seda; pañuelos de cambray legítimo, orlados de finos encajes; cofias lisas o encarrujadas; peinetas monumentales con aplicaciones de plata y oro; cajas de rapé o tabaqueras de laca con valiosas miniaturas; reliquias de santos o traídas de Jerusalém; un libro de misa y un rosario de concha nácar; sus antiparras verdes con gruesas varillas de oro; una sombrilla muy grande de seda roja de la China; un cofrecillo de carey artísticamente incrustado con figuras de filigrana, que representan naves del siglo XV con banderolas izadas y velas desplegadas; y en el interior del cofrecillo hilos de perlas, sartas de corales, con sendas calabacillas o relicarios que al través de los vidrios dejan ver imágenes de la Concepción, Guadalupanas, retratos, cabellos castaños, negros o rubios, de mis tías o de mis bisabuelos, y un pomito de cristal de roca con sales para los desmayos.

Encuentro, y mucho me conmueve, una miniatura pintada en marfil que representa a mi madre cuando era muy joven; con sus ojos grandes, bellos, dulces y apacibles; de mi madre, por la que tengo un culto como se le puede tener a una santa, que santa fué en vida, y al morir de una horrenda enfermedad que sufrió resignada y tranquila. Al ver esta miniatura, la aparté para tenerla muy cerca de mí, siempre a mi lado.

En vetusta escarcela están monedas macuquinas, escudos y onzas de Carlos III, de Carlos IV y de Fernando VII, y medallas de oro, plata y bronce de juras y proclamaciones de otros reyes de España.

Enrollados cuidadosamente varios números de gacetas y diarios, marcados algunos párrafos con cruces y manecillas trazadas con pluma de ave y tinta de huizache muy negra, anunciando los nombramientos de varios parientes para oidores de la Audiencia, para capitanes de la guardia de alabarderos del Virrey, para caballeros de Calatrava o de Santiago, o de Carlos III o de María Luisa.

Encontré también, casi en el fondo de esta arca, faldas, ropones, fajas, pañales, mamaderas, sonajas y otros objetos de niños que recogía mi abuela cuando sus hijos crecían o se casaban, junto con un *Simón de Mantua* o *El Mercader de Venecia*, texto de lectura en aquellos tiempos, varios catecismos del Padre Ripalda desencuadernados y planas regadas con pauta y plomo, llenas de palotes temblorosos, o de gallardas letras, redondas y españolas, que manifiestan los pininos y progresos de las manos infantiles que los escribieron, y con uno que otro borrón en que todavía brillan las arenillas o marmajas.

Pero nada me conmovió tanto—después del retrato de mi santa madre—en este pequeño museo que en el arca vieja guardaba con religiosidad mi